

# La filosofía analítica de la mente

P.M.S. Hacker

## 1. LA FILOSOFÍA ANALÍTICA

La filosofía analítica surge a comienzos de siglo en la revuelta de Cambridge, liderada por Moore y Russell, contra el Idealismo Absoluto. Su forma inicial era un incontrolado platonismo pluralista, en oposición al monismo idealista de Bradley y sus seguidores. En muchos aspectos reflejaba tendencias parecidas a las europeas, en el realismo de Frege, Meinong y el Husserl medio. Los filósofos europeos y de Cambridge distinguían tajantemente entre ciencia y filosofía. La filosofía, sostenían todos, tiene que ver con las investigaciones conceptuales que preceden y son presupuestas por las ciencias empíricas. Las investigaciones filosóficas no eran indagaciones menos cognoscitivas que las científicas, pero tenían un objeto de estudio distinto, a priori: la naturaleza de los conceptos y los contenidos de los juicios. A pesar de esta base común, el camino europeo y el británico divergían. La fenomenología se desarrolló en Austria y Alemania. La filosofía analítica se incubó en Cambridge y se extendió, en los años de entre guerras, a Austria, Alemania, los países escandinavos, y, posteriormente, a los Estados Unidos. Se convirtió en el movimiento filosófico más importante del siglo. Pueden distinguirse diferentes fases en su evolución.

El platonismo inicial de Moore y Russell dejó paso al atomismo lógico del Russell medio y del joven Wittgenstein. Este a su vez condujo a dos desarrollos distintos, ambos inspirados por el *Tractatus* de Wittgenstein. El primero fue la escuela de análisis de Cambridge de entre guerras. El segundo fue el positivismo lógico que nació en el Círculo de Viena. Este se vio truncado con el ascenso del nazismo, aunque muchos de sus miembros emigraron a Estados Unidos, donde tuvieron gran influencia. La escuela de análisis de Cambridge se transformó con la vuelta de Wittgenstein a la filosofía en 1929 y con la gestación de su última filosofía. Esta fue la más importante, aunque no la única influencia sobre el último estadio en el desarrollo de la filosofía analítica que se originó en Oxford en 1945 bajo el auspicio de Ryle y Austin, y dominó la filosofía en habla inglesa durante el siguiente cuarto de siglo.

La unidad de la filosofía analítica es histórica: una unidad constituida por intereses diferentes pero compartidos, por métodos y doctrinas característicos de las

sucesivas fases de la disciplina. No hay un aspecto singular o un conjunto de características que puedan aducirse satisfactoria o iluminadoramente para definir la filosofía analítica en términos necesarios y suficientes. La idea de análisis es, con toda seguridad, una línea de continuidad, pero lo que el joven Moore y Russell entendieron por «análisis» difiere de lo que entendían los positivistas y, esto, a la vez, difiere del análisis conceptual o conectivo característico de la filosofía analítica de Oxford. El «giro lingüístico» y la consiguiente preocupación por el análisis lingüístico caracterizan la filosofía analítica posterior a 1920, aunque no a Moore ni al Russell primero e intermedio. Pero lo que los analistas de Cambridge, los positivistas lógicos y los analistas conceptuales de Oxford entendían por «análisis lingüístico» difería en gran medida. El uso de las herramientas analíticas del cálculo lógico de los *Principia* y una preocupación por la naturaleza del cálculo lógico y su relación con el lenguaje es característico del atomismo lógico, de la escuela de análisis de Cambridge y del positivismo lógico, pero no, en general, de la filosofía analítica de Oxford. Donde hay una línea de continuidad fundamental, que va desde los años veinte con la publicación del *Tractatus* hasta el declive del movimiento analítico, es en la concepción de la filosofía. La filosofía se entendía como una investigación a priori, radicalmente distinta de la ciencia. Pero al contrario que los primeros realistas analíticos, los filósofos analíticos generalmente negaron que la filosofía tuviera un objeto de estudio propio. La filosofía no es una disciplina cognoscitiva cuya tarea es construir teorías acerca de un objeto de estudio al modo científico y así contribuir al conocimiento humano. La filosofía tiene más bien que ver con el entendimiento, con la aclaración conceptual y con la resolución de cuestiones filosóficas conceptuales. Su tarea se ha descrito de varios modos: aclarar la sintaxis lógica del lenguaje y disolver pseudo-problemas metafísicos (Carnap), proporcionar una visión sinóptica de una parte de la gramática de nuestro lenguaje que provoca confusión conceptual (Wittgenstein), trazar la geografía lógica (Ryle) u ofrecer un análisis conectivo (Strawson) de nuestros conceptos para resolver así cuestiones filosóficas.

Después de los años setenta la filosofía analítica perdió vigencia. Esta concepción de la filosofía fue paulatinamente abandonada, en parte debido a la influencia de Quine. Los límites entre filosofía y ciencia se erosionaron, el objetivo del análisis conectivo y los métodos del análisis lingüístico se abandonaron, la construcción de teorías sustituyó a la descripción de conexiones conceptuales, y la aparición de la ciencia cognitiva vino a dominar la filosofía analítica de la mente y a afectar e infectar la filosofía del lenguaje.

## 2. LA FILOSOFÍA DE LA MENTE

La filosofía de la mente es casi tan antigua como la filosofía misma. *De Anima* de Aristóteles fue el más grande de los tratados de la antigüedad sobre este tema, e influyó en el trabajo medieval más importante, las cuestiones 75-89 de la Parte I de la *Summa Theologiae* de Tomás de Aquino. *De Anima* estaba concebida como una investigación de las facultades de la mente humana. El estudio de estas capacidades características del ser humano y los modos de su actualización son el centro de la filosofía pre-cartesiana de la mente.

La filosofía moderna, desde su origen cartesiano, estuvo interesada en cuestiones de filosofía de la mente. Pero Descartes trazó de nuevo los límites de lo mental y reorientó la investigación hacia los fenómenos mentales tal y como él los concibió. La filosofía aristotélica y escolástica permanecieron fieles a la concepción de la Gran Cadena del Ser. Lo que distinguía al ser humano de los animales más bajos en la escala del ser no era la mente, sino las capacidades racionales. Los animales también tienen sensaciones y capacidades perceptivas, tienen deseos, persiguen objetivos, y sienten placer y dolor. Lo que es característico de los seres humanos es que somos animales racionales con un intelecto y una voluntad libre. Descartes deshizo la Gran Cadena del Ser. El ser humano, de acuerdo con Descartes, a diferencia de los animales, tiene una mente, y la mente no se define en términos de posesión de capacidades distintivas sino como substancia pensante, consciente. El concepto de potencia, central para la filosofía de la mente aristotélica y escolástica fue desplazado o marginado por el concepto de ideas, innatas o adventicias, simples o complejas, las cuales sustentan a la conciencia de los seres que poseen una mente. La conciencia se definió como la posesión de pensamientos (compuestos por ideas), y el pensamiento se concibió incluyendo sensaciones y experiencias sensibles (su aparente percepción), lo que Descartes negaba a los animales, de los que se sostenía que sentían o percibían sólo en un sentido mecánico, sin conciencia. La conciencia se asimilaba a autoconciencia en tanto que se tenía por imposible disfrutar de experiencias privadas sin saberlo. Se concebía la experiencia como privada en dos sentidos. La experiencia es poseída inalienablemente por el sujeto que la experimenta, ya que una persona no puede tener las experiencias de otra. El sujeto tiene un acceso privilegiado a su propia conciencia, y, así, un conocimiento privilegiado de lo que acontece en su propia mente. Lo mental es epistemológicamente privado al igual que poseído privada y no transferiblemente. De este modo el problema filosófico de las otras mentes entró en la agenda filosófica. Y así lo hizo también el problema de justificar nuestros juicios sobre la realidad objetiva. Ya que si todo conocimiento inmediato de la realidad es un conocimiento subjetivo de lo mental, la transición del conocimiento de lo que ocurre en nuestra mente cuando tenemos experiencias sensibles al conocimiento de la naturaleza de la realidad objetiva que lo causa es problemático. La nueva ciencia concibió el mundo objetivo poseyendo sólo cualidades primarias, abriendo así un abismo entre cómo percibimos el mundo y cómo es en sí mismo. La metafísica cartesiana se construyó de modo que se adecuara a esta visión científica, y justificara la posibilidad del conocimiento de la realidad objetiva frente al escepticismo y a pesar del abismo entre el carácter de nuestra experiencia sensible (como la de los objetos multi-coloreados, ruidosos y olorosos) y lo que es la experiencia (cosas materiales poseedoras sólo de cualidades primarias). De acuerdo con esto, la filosofía de la mente post-cartesiana se desarrolló a la sombra de la epistemología y la metafísica. El escepticismo y su refutación, la naturaleza y límites del conocimiento humano, la distinción de tipos categóricamente diferentes de conocimiento, el análisis de los constituyentes simples de las ideas dadas en la experiencia y la investigación de las leyes de la asociación de ideas que determinan las operaciones de la mente formaron un conjunto constante de preocupaciones para los filósofos de los siglos XVII y XVIII. El prejuicio metafísico y ontológico es evidente en el debate sobre la naturaleza de la mente y su relación con el cuerpo, sobre la identidad

personal, y sobre la percepción y sus objetos. Una concepción asociacionista de las operaciones de la mente aparece con Locke, es desarrollada por Hartley, Hume y Brown, y transmitida a Mill y Bain. Contrincantes del asociacionismo fueron Kant y sus sucesores; pero el asociacionismo fue la corriente más importante para la aparición de la psicología experimental a finales del siglo XIX. Tanto los cartesianos como los empiristas dejaron la explicación de la acción en un lugar muy problemático. Se pensaba que la acción era un movimiento corporal causado por actos mentales de volición. Esta interpretación la retó Kant mediante la distinción entre el orden causal de la naturaleza y el orden racional de la acción moral libremente regido por la razón. Esto dio lugar a finales del siglo XIX a una disputa metodológica acerca de las diferencias entre las ciencias del espíritu y las ciencias de la naturaleza (Dilthey, Weber). Este debate fue recuperado por la filosofía analítica, primero en las investigaciones sobre la metodología científica del Círculo de Viena, y, después, cuando a la extensión del modelo de explicación de la «cobertura legal» de Hempel a la historia y a las ciencias sociales se enfrentó la hermenéutica analítica (Winch, Dray y von Wright). Esta última tradición se inspiraba en el tratamiento de Wittgenstein de la acción en términos de razones en lugar de causas.

La psicología neurofisiológica nació en el siglo XIX. Esta tradición impulsó el desarrollo de una ciencia independiente de la psicología experimental. Esta última la inició Wundt en Alemania, de donde se extendió rápidamente a Estados Unidos y a las islas Británicas. La primera década del siglo veinte fue testigo del nacimiento de la psicología empírica genuina, con el auge del conductismo, los controles de inteligencia y el factor de análisis, la psicología de la Gestalt, el estudio de los reflejos condicionados, de la sexualidad, etc. La recién hallada independencia de la psicología de la filosofía hizo posible el desarrollo de una filosofía de la mente autónoma, libre de la especulación a priori sobre procesos psicológicos empíricos y su explicación. La filosofía de la mente estaría enteramente interesada en la estructura conceptual de nuestro pensamiento sobre lo mental y sus manifestaciones en la conducta, y sobre la acción y las formas y estructuras de su descripción y explicación.

Este reto lo aceptaron dos escuelas filosóficas. Primero Brentano intentó asentar los fundamentos a priori de la ciencia empírica de la psicología. Su influencia sobre la psicología experimental fue mínima, si bien su trabajo condujo al desarrollo de la fenomenología, con una filosofía de la mente propia. Esta última influyó poco a la corriente principal de la filosofía en habla inglesa. Segundo, se desarrolló la filosofía analítica.

### 3. LA FILOSOFÍA ANALÍTICA DE LA MENTE

Es sorprendente que en sus comienzos la filosofía analítica no hiciera ninguna contribución destacable a la filosofía de la mente. El único trabajo significativo que salió de la escuela de análisis de Cambridge fue *Analysis of Mind* (1921) de Russell, que era una incierta síntesis de monismo neutral, conductismo y un constructo empirista tradicional de pensamiento y significado. Moore estaba interesado en el análisis del conocimiento empírico en términos de datos sensibles, un interés transmitido a Oxford a través de *Perception* (1932) de Price. Pero su interés era

epistemológico y ontológico más que filosófico-psicológico. Los positivistas lógicos estaban interesados en lo mental y su relación con la conducta, pero este interés era dependiente del proyecto de la construcción lógica (cfr. *Logische Aufbau* de Carnap). La filosofía de la mente era secundaria para los intereses del Círculo de Viena.

Hubo dos promotores fundamentales de la filosofía analítica de la mente: el último Wittgenstein y Ryle. Ambos repudiaron la herencia cartesiana y empirista y la demarcación cartesiana de lo mental. Ambos rechazaron la explicación de la acción en términos de voliciones e insistieron sobre la autonomía de la explicación no causal de la acción en términos de razones y motivos. Ryle y Wittgenstein presentaron una filosofía analítica de la mente como una rama independiente del tipo de filosofía analítica que ambos habían cultivado en sus investigaciones filosóficas más generales.

El ataque de Wittgenstein a la herencia cartesiana estaba motivado indirectamente. Su anticartesianismo no surgió de reflexiones sobre filosofías de la mente precedentes. Apareció como respuesta a las debilidades de su propia filosofía anterior, la del *Tractatus*. Dos cuestiones lo llevaron en esta dirección. Una fue su preocupación por la intencionalidad. En el *Tractatus* había dado cuenta de la intencionalidad del pensamiento y el lenguaje mediante referencia a la teoría pictórica de la proposición. Cuando ésta se desmoronó, se vio forzado a considerar de nuevo cuestiones como las de pensar, entender y significar algo con las palabras que uno usa (temas que en el *Tractatus* había dejado para la psicología). Una vez que se hubo dado cuenta de que la explicación de la intencionalidad mediante la referencia a una armonía metafísica entre pensamiento, lenguaje y realidad era errónea, vio la necesidad de una investigación filosófica de los conceptos de pensar, entender y significar algo. Dado que la relación interna entre un pensamiento y lo que lo hace verdad no es diferente de la relación interna entre un deseo y lo que lo satisface, una expectativa y lo que la satisface, una creencia y lo que la verifica, estos conceptos se convirtieron también en objeto de la investigación analítica. Ahora Wittgenstein argumentaba que entender está mal concebido como un estado mental, y que es más bien similar a una capacidad o a un conjunto de capacidades relacionadas. Significar algo con una expresión no es ni mucho menos un acto mental. Pensar está mal concebido como una actividad en el sentido en el que correr lo es, y actividades relacionadas con el pensamiento, como un discurso meditado, no son un par de actividades coincidentes, una física y la otra mental. En general, los estados mentales se caracterizan por una «duración genuina», esto es, son estados en los que uno se halla mientras está consciente y en los que caemos durante periodos de sueño, estados que pueden interrumpirse por falta de atención y posteriormente continuarse. Estar de buen o mal humor y las emociones eventuales son estados mentales típicos. Pero predicados intencionales, como creer, querer, esperar, desear, no siempre, y en algunos casos (e.g. intentar, significar) nunca representan estados mentales. Su contenido intencional no está determinado por procesos o estructuras neuronales o mentales, sino más bien por su expresión verbal, que, en el caso de enunciados en primera persona, no es una descripción de un estado mental sino una expresión de una creencia, una intención, de temor o expectativa, etc.

El segundo aspecto estaba relacionado con su anterior concepción del «yo», en particular con el solipsismo transcendental del *Tractatus*, y el solipsismo metodológico

de *Philosophical Remarks*. Esto condujo a investigaciones sobre la relación entre la experiencia y sus manifestaciones en la conducta y sobre las asimetrías entre los enunciados psicológicos en presente de indicativo en primera y tercera persona. A partir de estas reflexiones surgieron sus famosos argumentos sobre el «lenguaje privado», su análisis no cognitivo de enunciados de experiencia, y su explicación del conocimiento de otras mentes mediante referencia a criterios conductuales para la adscripción de predicados psicológicos a terceros. La propiedad privada de la experiencia es una confusión, ya que la distinción entre identidad numérica y cualitativa no tiene aplicación a las experiencias, y diferentes personas pueden tener la misma experiencia, como cuando dos personas tienen el mismo dolor de cabeza. La privacidad epistemológica es lo contrario de la verdad, ya que podemos y frecuentemente sabemos cómo son las cosas gracias a otros. Pero no tiene sentido hablar de saber o de no saber que, e.g. uno tiene un dolor. Pues sólo tiene sentido hablar de saber donde puede decirse también que no se sabe, de creer pero estar equivocado, etc., opciones que no se dan en muchos casos de verbos psicológicos usados en primera persona del presente de indicativo. Expresiones como «dolor» no se determinan mediante una definición ostensiva privada, dado que no existe tal cosa. Este tipo de expresiones se las aplica uno a sí mismo sin justificación y son aplicadas a otros atendiendo a su conducta, que es un criterio lógico (no inductivo) para su atribución a terceros.

*The Concept of Mind* (1949) de Ryle fue un ataque directo al mito cartesiano del «fantasma en la máquina». Su objetivo general era ejemplificar la concepción de la filosofía analítica que Ryle había desarrollado en los años treinta, mediante la aplicación de sus principios a un territorio virgen. Los problemas filosóficos, sostenía Ryle, son el producto de confusiones categoriales al atribuir a conceptos de un tipo virtudes sólo adscribibles a conceptos de diferente clase. El mito cartesiano descansaba en una serie de errores categoriales que representaban los hechos de la vida mental como si pertenecieran a un cierto tipo de categoría, cuando en realidad pertenecen a otro. Un ser humano no es una máquina corporal dirigida por un etéreo piloto, sino un animal inteligente, actuando bajo la luz del conocimiento, en busca de ciertos objetivos. El comportamiento inteligente no es aquel causado por estados mentales en un medio no-físico o por estados neuronales en un medio físico, sino más bien acciones y actividades conducidas de un modo inteligente, i.e. a la luz de las razones disponibles y sensible a las circunstancias consideradas por el agente. El énfasis de Ryle recaía sobre el análisis disposicional y quasi-disposicional de bastantes (pero no de todos) los conceptos psicológicos. Al igual que Wittgenstein, rechazó el análisis de la acción en términos de voliciones. A diferencia de aquél, explícitamente investigó la percepción, rechazando las teorías de los datos sensibles, y distinguió tajantemente entre sensación y percepción. Ryle recuperó el interés por el análisis del placer, rechazando la heredada concepción empirista del placer como un tipo de sensación en favor de un análisis neo-aristotélico.

Ambos, Ryle y Wittgenstein, fueron acusados de defender una versión de conductismo lógico. Cosa que negaron con razón. Ninguno defendió forma alguna de reduccionismo de lo mental a la conducta. Más bien defendieron una *conexión*

*conceptual* esencial entre el comportamiento y lo mental. Ambos tuvieron por tarea clarificar nuestros conceptos psicológicos y sus múltiples conexiones y ramificaciones mediante el escrutinio de los contextos de uso del rico vocabulario psicológico que poseemos. Sus metas eran la elucidación de conceptos psicológicos y la resolución de problemas filosóficos que surgen de su planteamiento erróneo. Ambos eran profundamente anti-cartesianos y, tal vez no intencionadamente, sus intereses por las potencias psicológicas y las capacidades y formas de su actualización, revivieron ciertas hondas apreciaciones de Aristóteles sobre la naturaleza de lo mental.

Hubo otras fuentes del nuevo estilo de la filosofía de la mente. *Sense and Sensibilia* (1962) de J.L. Austin contribuyó al análisis sistemático de la percepción y al rechazo del fenomenalismo. Su ensayo, «A Plea for Excuses» (1956), fue un estímulo importante para el desarrollo de la filosofía de la acción. Esta evolucionó en dos direcciones. La primera por mediación de *Intention* (1957), de Anscombe, que recuperó el interés en el análisis de las intenciones, la acción intencional y sus patrones de explicación, y la lógica del razonamiento práctico. Esto fue llevado más lejos por otros filósofos wittgenstenianos, de modo más notable por A.J.P. Kenny y G.H. von Wright. La segunda, por los intereses jurídicos de H.L.A Hart, que llevó el análisis de Austin a los conceptos de responsabilidad legal, a su relación con actos y desempeños de la responsabilidad, y a la responsabilidad moral. También, por dichos intereses, investigar el concepto de intención y la relación de la intención con la predicción en el Derecho eran cuestiones centrales, como lo eran las nociones de negligencia e irresponsabilidad. Estos fueron debidamente aplicados al análisis de las justificaciones del castigo, la racionalidad de la doctrina del *mens rea*, y la justificación limitada de la estricta responsabilidad. Esta línea jurídica fue desarrollada por otros filósofos tanto dentro como fuera del ámbito de la jurisprudencia, principalmente por A.R. White y J.R. Raz.

Otra publicación fundamental fue *Individuals* (1959) de P.F. Strawson, que, aunque un trabajo de metafísica descriptiva, contenía un importante capítulo sobre el concepto de persona, que suscitó un amplio debate. Strawson también argumentó contra la tradición cartesiana y empírica. El concepto de persona no es ni el concepto de dos cosas distintas (una mente y un cuerpo) ni un conglomerado de percepciones sin propietario causalmente ligadas a un cuerpo, sino el concepto de una cosa con dos caras: un particular a quien se le aplican dos tipos de predicados. Una persona es el sujeto tanto de predicados materiales como psicológicos, estos últimos auto-aplicables sin necesidad de justificación y aplicados a otros sobre la base de criterios de conducta lógicamente adecuados. Strawson, siguiendo la línea de un artículo seminal de Grice, también contribuyó a la recuperación de una teoría causal de la percepción libre de su conexión clásica con el representacionalismo y los datos de los sentidos.

Muchos otros temas tuvieron una notable consideración por un gran número de filósofos analíticos. La memoria, la imaginación, el placer y el deseo, las emociones, la voluntad libre, debilidades de la voluntad, soñar, el autoengaño y otros muchos temas fueron también sometidos a un detallado e iluminador análisis

conceptual. Tales elucidaciones conceptuales se concibieron antecediendo a la psicología empírica y a las ciencias empíricas del cerebro. Estas últimas podían, seguramente, dar lugar a originales problemas conceptuales y generar nuevas confusiones conceptuales, agua para el molino del filósofo analítico. Pero las ciencias empíricas pueden resolver tantos problemas filosóficos a priori como problemas en las ciencias a priori de las matemáticas.

#### 4. EL DECLIVE DE LA FILOSOFÍA ANALÍTICA DE LA MENTE

La filosofía analítica de la mente prosperó desde mil novecientos cincuenta hasta mediados de los años setenta. Después, al igual que la filosofía analítica en general, perdió ímpetu. Fue marginada poco a poco por el auge de las ciencias cognitivas. Las presiones que condujeron a esta transformación fueron tanto internas como externas a la filosofía analítica. Las presiones internas provenían de la filosofía analítica de la mente, y, más generalmente, de desarrollos en la filosofía analítica. Estas presiones internas eran dobles. Primero, el debate generado por el materialismo del estado central y la consiguiente preocupación por la supuesta identificación de lo mental con lo neuronal. A esto siguió el funcionalismo de Putnam, que defendía una concepción computacional de los estados mentales modelada sobre la idea de una máquina de estados mentales de Turing. De tal modo que deberíamos concebir el cerebro como un ordenador y la psicología humana como el *software* de un ordenador, su organización funcional. El funcionalismo rechazó la identidad de tipos del materialismo del estado central en favor de la identidad particular de los estados mentales con estados neuronales. Ambas doctrinas incitaban a la especulación sobre hechos científicos en lugar de al análisis de conceptos psicológicos. Segundo, Davidson retó la distinción entre razones y causas, y entre explicaciones racionales y causales. La suma de estas dos influyentes modas en filosofía analítica de la mente revitalizó la concepción cartesiana de la estructura causal y efectiva de lo mental, aunque reemplazando la substancia mental cartesiana por la materialidad de las neuronas. Ambas resucitaron el análisis causal de la acción cartesiano y empírico, si bien sustituyendo las voliciones por conjuntos causalmente efectivos de creencias y deseos, concebidos como estados mentales.

Estas modas en filosofía analítica de la mente evolucionaron a la vez que el ataque de Quine contra la distinción analítico/sintético se hacía con acólitos en los Estados Unidos. Esto se entendió minando la tajante distinción hecha por la filosofía analítica entre investigaciones conceptuales a priori de la filosofía y la construcción teórica de las ciencias empíricas. La filosofía de la mente se desplazó del análisis conceptual a la construcción especulativa de teorías. Esto la hizo receptiva a los desarrollos independientes de la ciencia cognitiva que se iniciaron en los años setenta.

Las ciencias cognitivas son el producto del nuevo acercamiento entre la psicología cognitiva, la teoría de la información (una rama de la ingeniería) y la inteligencia artificial, la psicología neurofisiológica y las partes más especulativas de la lingüística

teórica de Chomsky. Esto generó un programa de investigación interdisciplinar, que, se esperaba, explicaría las capacidades cognoscitivas humanas y su actividad en términos de procesación de información. Filósofos de la mente, especialmente en los Estados Unidos, pero no sólo, se sumaron gustosamente a este esfuerzo colectivo. Los métodos y objetivos de la filosofía analítica de la mente se abandonaron para acometer el intento de comprender las funciones cognoscitivas del ser humano en términos computacionales. Teorías explicativas especulativas desplazaron la descripción y la elucidación de los conceptos que empleamos para expresar y describir la experiencia humana, el pensamiento y la acción. Una ironía que pocos advirtieron fue que la *estructura* de las teorías que surgieron era cartesiana, con un rostro mecanicista.

Si algo de enjundia se obtendrá del trabajo *filosófico* en la ciencia cognitiva mediante una teoría explicativa empírica bien confirmada está aún por ver. Desde luego no se ha arrojado, o podría arrojarse, mucha luz sobre el carácter lógico de nuestros conceptos psicológicos y su modo de conexión mediante tales especulaciones. Mientras esto último tenga interés para los filósofos u otras personas, no puede haber un sustituto para los métodos de la filosofía analítica de la mente o para el objetivo de ofrecer un análisis conectivo lúcido de las estructuras y relaciones de los conceptos psicológicos.

Traducción: *Alberto López Cuenca*